

Asoman á lo alto de la peña D. Elías y El Berrugo; éste se ata á la cintura un extremo de la cuerda, coje el farol y el martillo y va descolgándose poco á poco, desapareciendo por detrás de las rocas. Don Elías da cuerda y sostiene, agarrándose á unas matas. El Lebrato sale de su casa, y le sorprende lo indecible ver á la hija del Berrugo. Llega Tomás precipitadamente, y tiene, como es natural, con su novia, una escena de apasionada ternura. De pronto, serpentea en el aire la cuerda que sujetaba D. Elías, y éste, convencido de que al peso del Berrugo, se partió, despenando su carga, lánzase camino abajo, y llegan en el silencio de la noche sus voces: «¡Acudid! ¡Por caridad! ¡No habrá un hombre piadoso que lo recoja? ¡No habrá quien se apiade? ¡Acudid; pronto!»

El Lebrato, corriendo al camino, grita: «¿Qué pasa? ¿Quién pide socorro?»—«¡Yo, Juan Pedro! ¡Se le rompió la cuerda! ¡Se ha caído al mar! ¡Corre! Busca entre las rocas.» Al oír esto, el indiano exclama irguiéndose: «¡Lo que temía D. Alejo! La codicia del tesoro. ¡Corramos!»

Y mientras Pilara, sollozando, recibe sobre su pecho la cabeza desmayada y cadavérica de Inés, Tomás y el viejo corren á embarcarse, desapareciendo por el camino de la ré. Hay un silencio lúgubre. Pilara, besando á su amiga, procura consolarla. Inés, arrodillándose, ofrece su martirio, y las dos rezan el Padre Nuestro.

Al ver que se aproximan el cura y el mozo, Pilara les hace señas para que miren por el camino de la ré; Pedro Juan corre á reunirse con Juan Pedro, y el cura sostiene á Inés que se arroja en sus brazos, pidiéndole una bendición para su padre. Tomás reaparece, y D. Alejo le pregunta: «¿Es tiempo de

ir yo?»—«Es tarde para todos,» responde Tomás, que ha visto desde lejos el cadáver con la cabeza deshecha. Y mientras el sacerdote pronuncia con toda solemnidad sus latines, Pilara, uniendo las manos de los novios, murmura: «Era preciso que se mostrase una vez en aquella casa la justicia de Dios.»

El cura se vuelve á ellos con el «Ave María,» y los tres responden piadosamente.

VIII

Tal es el drama como yo lo compuse con elementos de la novela y algunos, muy pocos, añadidos por mí, como la intervención de Pilara en el acto segundo, y la escena que tiene la misma con Juan Pedro y con Tomás en el tercero. Exceptuando esas dos situaciones, todo lo demás, cuando no pude arrancarlo del diálogo del novelista, lo desentrañé de sus comentarios y desarrollos. La obra estaba de prueba, con todos los hilvanes; ahora veremos el juicio que mereció á quien debía con sus pulcras manos respuntarla y lucirla.

Septiembre 3 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Lleva esta carta mayor retraso del que marca la de usted del 28 próximo pasado, pero culpa ha sido de mi deseo de ganar tiempo exponiendo algo terminante y concreto después de haberme enterado bien del m. s. que recibí por el mismo correo que la carta. Desgraciadamente, no ha dado paso alguno afirmativo mi trabajo y al escribir hoy estos renglones, tengo el convencimiento de que para llevar al teatro La Puchera, como debe llevarse, se necesita un número de actos que no soportaría nuestro público. Lo que usted ha hecho me parece hasta

heróico, pero no deja espacio suficiente para que se manifiesten y se desarrollen los caracteres y los afectos y pasiones. El renacimiento de Inés le hace estimar á Marcos, que es el primer hombre á quien trata con intimidad en su vida, hasta el punto de que aunque la asombran, no la repugnan sus declaraciones amorosas; esta repugnancia la siente cuando ha tratado á Tomás y le ha comparado con el otro. De aquí el despecho y la ira de Marcos y de La Galusa.—El Berrugo, en quien no es lo principal el ansia del tesoro, taimado y egoísta sin entrañas, no puede ni debe, sin desmentirse á sí propio, tratar con nadie de la manera de apropiarse los del Pirata. Oye á la adivina, oye á D. Elías y hasta lo que le cuentan de aparecidos y de sueños que del caso tratan y se deleita como supersticioso que es, en amontonar todos los indicios en su imaginación de avaro, pero como no es tonto, ni mucho menos, sólo á impulsos de una exaltación repentina originada por un cúmulo de contrariedades emparentadas con su natural avaricia, puede ser arrastrado, ciego, á la desatada locura en que perece. En el acto 2.º, Tomás se presenta en escena sólo para hacer la comedia de la compra de la casa, etcétera, etc., y cuando reaparece en el tercer acto ya tutea á Inés y se acusa de su pecado. Esta escena necesitaba la preparación de otra como la que se pinta en la novela, escena en que él descubre la pureza y virginidad del corazón de Inés, se siente avergonzado de su conducta y huye y falta de la casona de Robleces muchos días, etc., etc.

Además, en estos dos actos, los principales de la obra, los personajes, andan todos mezclados y ocultándose unos de otros para hablar de las cosas más interesantes. En una de estas escenas es cuando D. Elías trata de

inclinarse al Berrugo á que visite la cueva del tesoro. Ya le he dicho á usted en otra ocasión lo que pienso de este particular y aún hoy le indico algo.

En resumen: dando yo á cada persona y á cada cosa su valor, aproximado siquiera, su lugar en el escenario, y el terreno suficiente para que los caracteres se vean y se desarrollen con verdad, necesitan seis actos, y aún así habría que forzar la máquina de la adaptación muchas veces.

Yo me atrevería á darle á usted el plan de la comedia ó drama ó lo que resulte desarrollado en estas proporciones; pero como estas son inaceptables, desde luego me abstengo de acometer ese trabajo ocioso.

En el alma siento no participar de la confianza que tiene usted en el buen éxito de lo ya hecho; pero no le diría la verdad si le hablara de otro modo y franqueza nos sobra á los dos para discurrir con libertad en asuntos de la importancia de este. Usted ha hecho mucho en lo que á la vista tengo, pero ese mismo esfuerzo me demuestra una vez más que no cabe la novela en los moldes convencionales de nuestro teatro.

A pesar de lo dicho, si quiere usted que yo intente el plan en seis actos para ver usted mismo si hay manera de reducirlo á cinco siquiera, pues tiene más ojo que yo para estas empresas, dígamele y me pondré á la obra.

Siempre de usted afectísimo amigo y compañero.—J. M. DE PEREDA.

Estoy muy deprisa y por eso va la carta demasiado garrapateada. Perdón.

Había sucedido lo que temí: no supo imaginar la obra representada, olvidando lo que ayudan, en la escena, la evocación visual de lugares, la figura, los movimientos y el tono

de los actores, la plasticidad realísima del cuadro. En el drama pueden apresurarse los acontecimientos y confiar en que una indicación oportuna sea bien comprendida y recordada por el público. Los reparos que hacía el maestro eran de una inconsistencia venturosa. Creí poderlos destruir fácilmente y llevar el convencimiento al ánimo de mi colaborador ilustre. Por lo visto, la exposición de la obra podía pasar á su juicio; al menos, la dejaba pasar, pues ni una palabra dijo del acto primero. En el segundo había concentrado yo lo más jugoso, lo más interesante sin duda; todos los personajes muestran los distintivos de sus caracteres, en situaciones arrancadas al hermoso libro, las más humanas, acaso, que advertí en él. No hay otra diferencia—en favor de la verosimilitud—que la inmediata sucesión de incidentes que trascurren á lo largo de muchos días y de muchos capítulos en la novela, y en el drama se amontonan y empujan. Conocimos en el primer acto á Inés, indolente, abandonada, perezosa y torpe, como si durmiera su espíritu, por no haber encontrado entre la gentuza de la casona un aliciente que lo despertara, y se nos ofrece ya en el segundo acto compuesta y aseada, saludando á las gentes, interesándose por alguna cosa: por las lecciones que recibe de Marcos; y como no «ha sentido» más hombre que aquél, no es raro que al principio la entretenga su compañía, la interese luego su conversación y la turbe al fin su mirada codiciosa. Puesto que las emociones de Inés no arraigan, y obedecen sólo á la situación difícil en que la colocan, pueden sucederse de modo que reduzcan muchos capítulos novelescos á una sola situación dramática; el proceso es el mismo. Llevando al cura, con un pretexto justificado

á casa del Berrugo, trasladé allí la escena que tienen D. Alejo y Marcones al aire libre y pude anticipar la siguiente fundándola en los mismos celos de Marcones que sirven al novelista. Respecto á «lo que pasa por Inés,» una sorpresa fisiológica me parece más disculpable que una preocupación sentimental. Y cuando Pilara evita con su presencia el crimen amoroso, el indiano halla en el drama, como en la novela, muy allanado el camino por las turbaciones de que Inés fué víctima.

Los afanes de Inés para que todo se halle bien dispuesto, las reticencias de la Pilara y de la Galusa, en muy diferente sentido, la satisfacción del Berrugo, y las manifestaciones insinuantes de Tomás, recibidas por la muchacha con dulzura, dejan comprender que allí se fraguan unos amores. Al caer la cortina, el espectador menos acostumbrado sabe que Tomás enamora y es atendido, que la hija del Berrugo será la novia del forastero. ¿Para qué insistir en ese amor sin complicaciones y sin dificultades hasta la situación única recogida en una escena del acto tercero? Y por si fueran pocas las indicaciones del acto segundo, en la escena primera del tercero, el Lebrato y el cura tratan «al respetivo de lo que se habla del indiano.» ¿A quién sorprenderá verlos juntos, hablarse como novios, y que Tomás, enamorado y arrepentido profundamente de su audacia, entre, sin más preámbulo, en la interesante confesión y en sus escrúpulos de conciencia, que son el nervio del capítulo XVII de la novela?

Además de que, si el novelista puede seguir continuamente su narración de sucesos á través de las páginas de un libro, el autor dramático elimina todo aquello de que juzga

«enterado» al público y procura enterarle, al pasar, de cuanto le conviene que sepa; en el teatro, importa llegar á las situaciones culminantes, con los antecedentes precisos; en eso estriba el misterio de las «preparaciones»: ir ofreciendo los datos en que se apoyará el asunto; y esos datos, deben ser los esenciales; que ni falte ni huelgue ninguno, como en el planteamiento de un problema de matemáticas; datos de más, distraen, siendo inútiles; y si faltan, confunden, porque no se justifica la solución. El teatro es como una cámara oscura: agiganta lo que reproduce inundándolo en luz, mintiendo una perspectiva grandiosa; lo demás, como si no existiese.

Y aquí será preciso entrecomar un párrafo de la carta: «El Berrugo, en quien no es lo principal el ansia del tesoro, taimado y egoísta sin entrañas, «no puede ni debe, sin desmentirse á sí propio,» tratar con nadie de la manera de apropiarse los del Pirata. Oye á la adivina, oye á D. Elías, y hasta lo que le cuentan de aparecidos y sueños que del caso tratan, y se deleita, como supersticioso que es, en amontonar todos los indicios en su imaginación de avaro, pero como no es tonto, ni mucho menos, «sólo á impulsos de una exaltación repentina, originada por un cúmulo de contrariedades,» emparentadas con su natural avaricia, puede ser arrastrado, ciego, á la desatada locura en que perece.»

Sábase de buena tinta, que á D. Baltasar le pellizcaron la bolsa los presidiarios inventores de magníficos «enterramientos»; No es tratar con alguien de la manera de apropiarse un tesoro, responder á tales granujerías? Y si lo que no hizo antes, «porque no era tonto, ni mucho menos,» lo resolvió á

«impulsos de una exaltación repentina.» ¿Cómo esa exaltación, justificante de su bárbara simpleza, no puede justificar también que se fiara del médico D. Elías, lo mismo que se fió de los presidiarios? El carácter del Berrugo no se destruye cuando, llegado su desquiciamiento moral, admite y corresponde las confidencias de D. Elías.

Lo de que andan los personajes «todos mezclados y ocultándose unos de otros para hablar de las cosas más interesantes,» resulta gratuito, porque no andan «mezclados,» (que supongo quiere decir entrometidos en donde no debieran,) y tampoco se ocultan unos de otros; el movimiento escénico los lleva simultánea ó sucesivamente á un lugar, donde justifican su presencia, porque no hay otra manera de hacer dramas.

Respecto á su proyectado plan en «seis actos,» le rogué que lo hiciera, y aun añadiéndole dos ó tres más, no importaría, pues muchas novelas fueron llevadas con éxito al teatro, en semejante forma. No era dificultad el número de cuadros, mientras interesaran y condujeran al desenlace lógicamente

IX

Septiembre 7 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: Está bien, muy bien perjeñada y aun fantaseada su curiosa carta del 5, pero satisfecho el placer de leerla y bajándome á la inexorable realidad de las cosas, es forzoso reconocer que nada de cuanto pase por el escenario rápida ó confusamente ó se dé por ocurrido en los entreactos, interesará jamás al espectador que juzga por lo que vé y siente. Insisto, por tanto, en que tal como

está dispuesta la acción de La Puchera, no se puede llevar al teatro sin el riesgo de un terrible fracaso y no por culpa de V. sino de la contextura de la novela que no cabe en el escenario si se ha de dar á los caractéres y á los afectos y pasiones el espacio y el lugar que piden para ser debidamente conocidos y estimados.

Diceme V. que el asunto es de interés porque ya se ha hecho público el intento. Precisamente por eso necesito andar en él con piés de plomo. ¿Tendría que ver á mis años una tentativa teatral rematada con un pateo!

Permitame, pues, que palpe y estudie sosegadamente el terreno de esa aventura á mis solas; que vea yo si puedo disponer la acción del drama tal como, en mi concepto, debe disponerse para que resulte viable en escena; y si esto logro, que lo dudo, reconcentrándome mucho y sin que me atosigue la idea de que me están esperando, porque en casos tales soy hombre perdido, será ocasión de que hablemos y discutamos para elegir lo mejor si convenimos en que cabe todo ello en la paciencia y en la tolerancia de los públicos que hoy se estiman en España.

No he visto la alusión de El Liberal á que V. se refiere, pero sé que anda continuamente danzando en todos los periódicos la noticia del suceso. Anunciado éste por Balart después de haber hablado ahí conmigo, cierto es que me obliga á darle mayor importancia que si se tratara de una fantasía de los chicos de la prensa; pero, por lo mismo, y como antes le dije á V. obligado estoy también doblemente á ser precavido y juicioso antes de lanzarme á esa arriesgada aventura. Quiero decir que intentaré lo que le he prometido, pero sin fijar plazos ni ofrecer otros resultados que los que den de sí mi poca habilidad

de siempre para estas cosas y los hábitos de holganza en que vivo años hace.

¿Estamos conformes? Pues ármese de paciencia y mande á su amigo.—J. M. DE PEREDA.

Las dos objeciones principales y casi únicas, eran: que no debía El Berrugo compartir su proyecto con D. Elías y que, no habiéndose desarrollado las relaciones amorosas de Inés y Tomás, no es oportuno presentarlos en las mieses, «tratándose de tú» y discutiendo el punto dificultoso: la confesión del indiano. Sería preciso intercalar un acto para que se conociesen estos amores... Como si el público no supiera desde que se habló del de Nubloso lo que sucedería, y acaso hasta sospechara las recónditas intenciones del relumbrante caballero.

Por mucha que fuese «la paciencia y la tolerancia de un público», el autor no debe confiar en tales virtudes; mejor le servirían acaso la inquietud, la impaciente ansiedad, la inexplicable «adivinación», que tantas veces colaboran con el dramaturgo en sus aciertos más felices. Recalcando y «diciéndolo todo» en el teatro no se tienen éxitos jamás. «Realizan» á un tiempo la obra dramática el autor, el comediante y el público; los tres ponen «algo» y el mérito está en que resulte vigorosa, clara y concisa una comedia, convergiendo en su desarrollo la importancia del asunto, el relieve de la ejecución y la sensibilidad intuitiva de los espectadores.

Puede condensar en el drama los caractéres y el asunto de la novela, capítulo por capítulo, «indicándolo todo», pero sin reproducirlo todo, cosa inverosímil, además de inútil.

En TERESA RAJÚN, una de las descripciones más intensas: la visita de Camilo al

depósito de cadáveres, se redujo en el teatro, á estas palabras:

—TERESA: ¡Le viste en el depósito, Lorenzo?—LORENZO: Sí.—TERESA: ¡Tenía cara de haber sufrido?—LORENZO: Horriblemente.—TERESA: ¡Tenía los ojos abiertos?—LORENZO: Muy abiertos... mucho... y la boca torcida.

Al decir D. Antonio Vico: «y la boca torcida», en su rostro vió el público todas las angustias del ahogado, todas las miserias de la muerte; no produjo el novelista emoción tan honda con sus imágenes elocuentes y expresivas. ¡Qué fuera el teatro si no contara con esas evocaciones misteriosas?

Casi toda la carta se refiere á un asunto muy difícil de tratar. El maestro supone que un público exigente, casi airado, se prometía maravillosos aciertos en la confección dramática de su obra. Yo disiento en absoluto de semejante opinión; yo confiaba en un público respetuoso y entusiasta que asistiría la primera noche al teatro con el éxito en el bolsillo, para divertirse y enternecerse oyendo el primoso y vivo diálogo del maestro, más vibrante, sin duda, en la representación.

X

Septiembre 18 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: sus dos cartas del 11 y 14 llegaron á mis manos al principio y al fin respectivamente de un dolorosísimo cólico con muchas señales de nefrítico, que me ha tenido dos días en cama y más de tres en convalecencia. Cogióme el chubasco con la herramienta entre manos, empezando á ocuparme en la labor prometida. Quedaron planeados, á mi modo, los dos primeros actos;

veo el tercero y veo el cuarto y veo todo lo que falta hasta la conclusión, pero veo al mismo tiempo que no cabe el conjunto en menos de seis actos ó de cinco y un cuadro final; y para esta ración de drama, aunque le dialogue Cervantes, no hay estómago posible. Ya se lo tenía advertido á V., así como que á pesar de ello terminaría el plan y se le enviaría á usted para que le conociera, y juzgara si sería posible reducirle, conservando el orden de los sucesos. Y eso es lo que haré tan pronto como me vea en disposición de volver á trabajar, aprovechando el paréntesis que V. me ofrece, ó compás de espera.

Tocante á los razonamientos que V. emplea, interesantes como suyos, y á los que me transcribe del Sr. Balart, ¿qué he de responder yo, que no le tenga dicho de antemano?

La importancia misma que quieren dar al acontecimiento, ¿no es la mejor justificación de mis escrúpulos y temores?

Pónganse en mi caso.

Le daré á V. cuantos ejemplares necesite para su colección de la de mis obras completas; pero no de La Puchera hoy, porque es uno de las tres que está reimprimiendo Tello, por estar agotadas y yo no tengo más que el ejemplar de que me estoy valiendo ahora. De las Escenas tengo algunos aquí y puede usted disponer desde luego de los que necesite.

Agradezco mucho al Sr. Balart la inmerecida bondad con que me trata; dígame que una carta suya, lejos de estorbarme en mis quehaceres, me los haría más llevaderos y transparentes; ofrézcale mis cariñosos respetos y V. perdóneme la lentitud con que camino por la senda en que V. mismo me ha colocado con la más alta y generosa de las intenciones, y lo mal que correspondo, por exceso de des-

confianza en mis escasos bríos, á la actividad y diligencia de V.

Siempre suyo afectísimo amigo y compañero.—J. M. DE PEREDA.

Mi papel quedaba reducido al de un espectador entusiasta. «Planeando á su modo» la obra que dialogaría después: aparentemente, mi oficio era inútil, y nula en aquél negocio mi amistosa intervención, pero tengo la certeza de que, ni el maestro imaginaba que aquello era separarme de nuestro empeño, ni lo hecho por mí quedaba relegado, pues el nuevo plan consistía (como si lo viera, y nunca lo ví, ni tuve más noticias que las publicadas) en hinchar el primero y segundo acto con incidentes eliminados antes por inútiles, en añadir entre segundo y tercero un acto con las relaciones de Inés y el indiano, proceso amoroso de una sencillez encantadora, que se compendia en una frase, desde que Tomás comienza sus galanteos, (desde la primera palabra muy bien atendidos) hasta su confesión de verdadero enamorado, y la noticia que ofrece Marcones al Berrugo, recogidas en el acto tercero; después del cual se añadía otro, para que «se viera» el trato que recibe Inés de La Galusa, y para que don Baltasar, «que no puede comunicar sus pensamientos á nadie,» monologara sin medida. Este acto es el 5.º, y lo que ahora es último, convertido en «cuadro final» coronaría el drama; no con el suceso lejano que se refleja en las acciones de los personajes presentes: la desdicha del Berrugo sería relatada por el cura ó por un marinero que le vió estrellarse desde lo alto.

Esperé, sin asombrarme de cómo el novelista, que no consiguió nunca planear una obra, tan de repente y con tanta desenvoltu-

ra se lanzaba en ello, desanimado, es verdad, pero no por las dificultades propias del oficio, sino por especiales condiciones del asunto, «porque la novela elegida no era teatral.»

Esperé, y la carta siguiente certificó el desengaño; mejor dicho, la comprobación de cuanto yo presentia.

XI

Octubre 4 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: Aquí sí que cuadra bien aquello de mala noche y parir hija.

Desde que escribí á V. mi última carta no he cesado de aprovechar cuantas horas he tenido disponibles para ello, á fin de encontrar lo que vamos buscando en el arreglo teatral de La Puchera: interés y sustancia. Trabajo inútil y tiempo perdido. Si han de reflejarse los caracteres del libro en la obra dramática, necesita ésta unas dimensiones desacostumbradas é inaguantables en el escenario, y si ha de reducirse la novela á las proporciones toleradas en el teatro, quedan las figuras sin color y los sucesos sin importancia alguna.

Desconfiando ya de mis fuerzas y de mi vista, elevé el asunto á más señores, entre los cuales estaban los dos Menéndez y Peláyo, y unánimemente convinieron en que estábamos usted y yo metidos en un empeño sin salida posible, que no cabe esa novela en el teatro y que es una temeridad imperdonable hasta el intento de llevarla á él: lo propio que yo he creído siempre como se lo tengo manifestado á V. Yo siento en el alma tener que declararlo así á la altura en que están las cosas y después de lo que V. ha trabajado, pero re-

cuere de que nunca he pensado de otro modo, y considere que arriesgo mucho en ese lance y que necesito caminar con piés de plomo. Si se tratara de un arreglo hecho por V. á su manera como se hacen tantos otros, con diferentes nombres en los personajes, etc., etc., fuera con Dios; pero este es un caso muy distinto, aprovechando, como se aprovecha el texto de la novela, dialogado por mí lo que es nuevo en la obra dramática, y después de lo que ha dicho la prensa de toda España. En fin, amigo mío, que hay para palparse la ropa y para que yo me eche en el surco. Le repito que siento en el alma no ver á estas horas las cosas de otro modo; pero no lo puedo remediar. Sabe que siempre le quiere su amigo y compañero.—J. M. DE PEREDA.

Naturalmente: yo no admití el fallo inapelable del tribunal que rechazaba mi labor, y al que fué presentada ésta sin mi consentimiento y contra mi voluntad.

No despreciaba yo el juicio inteligente de los magistrados anónimos que, para obligarme, cubría el maestro con el pabellón de Menéndez Pelayo, pero creo una inconveniencia muy arriesgada consultar éxitos futuros. El Director y la empresa del teatro Español insistían, en que la obra era viable; yo no me había ofrecido á convertir en un maravilloso drama la novela, sino á planearla con el ajuste que requiere la obra: brindé al maestro un aplauso entusiasta de sus admiradores, pero no un título de incomparable dramaturgo.

Toda la razón estaba de mi parte, y al argumento de que un hombre puede hacer lo que guste de sus creaciones, opuse la necesidad imprescindible de no calificar «trabajo inútil y tiempo perdido» los empleados en una labor admitida por la única entidad que

puede anteponer su juicio al del público: la Dirección del teatro que arriesga, como los autores, en la obra, su dinero y su fama.

Nuestra desconformidad absoluta de pareceres, debió resolverla, en todo caso, con facultades otorgadas por el maestro y por mí, alguien que aceptase de los dos tan árdua responsabilidad; pero nunca los amigos de uno, en quienes habían de pesar más los caprichos de su apadrinado que los derechos del otro. Lo justo hubiera sido poner la causa en manos del Sr. Balart, crítico ilustre y Director artístico del teatro Español. ¿Cómo era posible que una personalidad tan alta, comprometiese por benevolencia conmigo, persona para él casi en absoluto desconocida, la fama del ilustre montañés y los intereses de la empresa?

Hice mil reflexiones de índole varia, pero todo fué «trabajo inútil y tiempo perdido,» como decía el maestro en su carta.

XII

Octubre 19 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: El fondo que se transparenta en toda su carta del 6 y lo que se dice terminantemente en un párrafo de ella, aunque sea en son de broma como lo entiendo yo, me obligan á tomar el asunto que ventilamos desde su punto de origen para refrescar un poco la memoria de V. De V. nació y no de mí la idea de llevar al teatro La Puehera, idea que me dió V. á conocer en la calle, al encontrarnos por casualidad en la de Capellanes una mañana. Ni de lo que entonces me dijo V., ni de lo que en otras dos ó tres ocasiones me expuso en mi casa referente á

su proyecto, pude yo formar juicio del valor dramático de éste, porque no me presentaba más que nombres y números de las páginas de la novela. En nada, pues, convinimos, sino en llevar adelante el intento hasta ver qué nos resultaba una vez realizado.

El día mismo de mi salida de Madrid, por la mañana se presentó en mi casa don Federico Balart, y por ser concordante con el asunto de que me habló, le enteré de lo que estaba V. haciendo, y le recomendé que se vieran, y trataran del caso, recomendación que pocas horas después hice también á usted.

Ya en la montaña y andando los días, fué cuando, por los cuadernos que V. me mandó, pude juzgar con plena conciencia del verdadero valor teatral del arreglo.

Lo que sobre éste le he dicho más de una vez, no hay para qué repetirlo. Deseando dar á los sucesos y á caractéres que V. presenta en su obra, más hilación lógica y mayor desarrollo, intenté el trabajo de que le hablé, y vi y sigo viendo conseguido mi objeto; pero no el drama aceptable por sus dimensiones y por su interés y tal como se necesita para justificar siquiera mi aparición en el teatro á mis años y en mis circunstancias. Este es el caso limpio y mondo que en nada contradice lo hasta aquí actuado y consentido por mí, puesto que no hallo en la obra de V. ni en la mía, en una por carta de menos y en otra por carta de más, lo que se necesita para lanzarme á correr tras descomunal aventura. Insisto en estos particulares, porque lo hace usted reiteradas veces en los perjuicios que le ocasiono con mi negativa, sumando con ellos hasta el tiempo gastado en escribirme y las ochocientas pesetas que le costaron los dos ejemplares que compró de La Puchera, sumandos que

sólo á título de broma, como le dije al principio, pueden aceptarse en una cuenta de tan opuesta índole.

También comprenderá V. que después de los reclamos de El Liberal y de otros periódicos, consentidos (el primero al menos) por el Sr. Balart, en todo arreglo de La Puchera llevado al teatro con ese título y los nombres de sus personajes, ha de ver el público colaboración mía, y sobre mí, por consiguiente, han de venir las consecuencias de un fracaso; y á esto no me resigno, ni debo resignarme por ninguna consideración. A este derecho no he renunciado nunca ni de palabra ni por escrito. Los intereses del Sr. Balart en este delicado asunto son muy diversos de los míos y no más respetables.

Ya le he dicho á V., y ahora vuelvo á repetirlo, que siento en el alma que el éxito no haya coronado los esfuerzos de V. y mis buenos propósitos, y aún le añado que con ese resultado, casi casi contaba yo, porque mis novelas en general y esa en particular no son de las llamadas de argumento, fáciles, por ello, de acomodar al teatro, y hay que buscarlas el jugo en la naturaleza, en algo de tejas afuera de que están compenetrados los caractéres de sus personajes, algo, en fin, que no puede llevarse al escenario porque no cabe en él ni hay manera de representarlo con la tramoya de entre bastidores. Añada V. á estos graves inconvenientes la falta de actores para interpretar fielmente cuanto de original y pintoresco tienen en el libro determinados caractéres y figuras que apenas existen ya en la realidad, y ayúdeme á sentir. Puede, sin embargo, tener alguna excepción esta regla, especialmente cuando se trata de obras de menor alcance, como v. gr.: Blasones y talegas, de la que ha hecho una reducción para zar-

zuela, Eusebio Sierra, en un acto y varios cuadros.

Claro que el asunto de esta novelita, es decir, la marcha de él, se abrevia y hasta precipita mucho, pero quedan en el arreglo todas sus principales situaciones y los caracteres en toda su integridad. Así y todo es posible que la den un meneo si se representa; pero como el arreglo es cosa declaradamente suya, sin la menor intervención ni colaboración mía, allí se las haya, como se las hubo en *Junio el de La Leva*, cuyo pateo presencié yo lleno de regocijo en un palco de "La Zarzuela."

No le pese, por la razón que me dá el no haber venido á traerme los cuadernos (que le devolveré en seguida) pues todo se tuvo en cuenta en la consulta de que le hablé en mi anterior.

También le tengo dicho que si no le he dado á V. los dos ejemplares de *La Puchera*, consiste en que está agotado este libro y es uno de los tres que actualmente reimprime Tello. Las Escenas se las enviaré con los cuadernos.

Concluyo esta carta recogiendo el afectuoso contenido de su último párrafo y asegurándole que, aun sin él y hasta enfadándose usted un poco por la contrariedad que ambos hemos sufrido, ha de quererle siempre de todas veras y de servirle en cuanto V. le mande, su buen amigo y compañero,—J. M. DE PEREDA.

Un desahucio, con agravantes, prohibiéndome la única demostración posible, cuando mis razonamientos eran desatendidos. La firmeza inquisitorial del maestro no se doblegaba. El público buscaría siempre al novelista en la obra del adaptador; la prensa, que tan fácilmente pudo convencer á todo el

mundo, carecería de medios para probar que no era exacto lo dicho. Ni las revelaciones de los interesados, ni las referencias de los periodistas, ni el cartel, ni mi humilde prosa, tan diferente (por desgracia) de la impecable prosa del maestro, convencerían al público de que no tenía el novelista en la monstruosa mixtificación arte ni parte.

Si; el público silbaría, seguramente, dedicando al ilustre montañés el fracaso. El público pensó regalarse con una maravilla y le daban un esperpento. La protesta repercutiría en los Picos de Europa... «Trabajo inútil y tiempo perdido.»

Octubre 24 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Ayer puse en el correo certificados, los cuadernos de V. y un ejemplar de Escenas. No me alcanzó el tiempo para escribirle, y por eso lo hago hoy. Perdone la tardanza, pues he estado ocupadísimo estos días, despachando, entre otros asuntos engorrosos, el correo de América que tenía muy descuidado y era muy abundante.

Todo lo que V. me recuerda en su carta del 13 es la pura verdad, si no me es infiel la memoria, pero también es cierto que en nada se opone á lo que yo le tengo manifestado sobre ese punto que ni siquiera debería tocarse entre nosotros, como tema discutible. El hecho es, en definitiva, que ni V. ni yo hemos logrado realizar un pensamiento que por igual nos halagaba; que V. cree que sometida la obra al fallo del público, éste la aplaudiría, y que yo creo todo lo contrario por las razones que le tengo dadas y otras muchas más que le expondría, con el dedo sobre las páginas del arreglo de V. y de las reformas hechas

por mi; que tengo la certidumbre del fracaso no porque no hayamos sabido meter en la obra teatral toda la novela (absurda y necia presunción que no ha podido nunca caber en mí) sino porque lo que hemos tomado de ella y lo que se vé en el arreglo, no tiene interés bastante para cautivar la atención de nadie, y mucho menos después de lo que se le ha dicho al público en letras de molde y de lo que este caballero tiene derecho á esperar de nosotros. Esta es, amigo mío, toda la cuestión. ¿Qué más hubiera deseado yo que un éxito feliz en nuestro empeño? Yo soy capaz de hacer por V. el sacrificio que quepa en el mejor de sus amigos: pero no el de acompañarle en esa aventura á la cual desea V. lanzarse, por la calidad de lo que ambos hemos de perder en ella... Y no se preocupe V. de la interpretación que pueda darse á la retirada de nuestro arreglo teatral; medite más bien en la corrida á que nos exponíamos con el empeño obcecado de que se ponga en escena.

Duda V. de la sinceridad de un párrafo mío, en que si no recuerdo mal, le manifestaba afecto cordial y estimación verdadera. Lo siento en el alma, y lo siento por V., pues como no ha mucho le dije de palabra, no lo- grará nunca que deje de quererle bien, aunque me llame perro judío, su compañero y amigo de verdad,—J. M. DE PEREDA.

Al cabo recibí los infelices cuadernos, y lamenté la trabajosa y dura existencia de mi opulento amigo, el cual no tuvo en muchos días un instante para decirle á un criado que certificáse un paquete.

Admirábame que una cosa tan pequeña resultase tan difícil, cuando asuntos de importancia se revolvían tan ligera y definitivamente, y sentía que D. Marcelino Menéndez

Pelayo cubriera con su nombre la condena- ción aventurada, muy ajeno entonces tal vez y sentido ahora, de aquella injusticia lamentable, con la cual tranquilizaba de momento el sistema nervioso de su ilustre conterráneo, á costa de mi atendible labor que resultaba «trabajo inútil y tiempo perdido.»

XIII

Noviembre 7 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Estoy de malas con usted resueltamente, con la mejor de las intenciones. Le prometí unas Escenas Montañesas y por equivocación le envié un Sabor de la tierra; tan pronto como V. me advirtió la distracción quise enmendarla, y aunque revolvi toda la casa no di con un ejemplar más que el de la colección encuadernada que conservo. Por si me quedaba alguno en Polanco dejé de contestarle á V. hasta voltrer del viaje que tenía proyectado á aquél pueblo, é hice ayer con motivo de la festividad del día (vispera de los difuntos): pero tampoco encontré allí el ejemplar que tanto deseaba. En vista de estos contratiempos, doy encargo á Suárez de que envíe uno á casa de V. Por eso digo que en todo lo que proyecto, que tenga alguna relación con V., mete el diablo su pata.

Agradézcame siquiera la buena intención que pongo de mi parte, especialmente en el punto capital de nuestro pleito. Me enumera usted en su carta última (y Dios le perdone la equivocación en que incurre) los méritos que yo poseo para conquistar el respeto y el aplauso del público en el teatro, sin considerar que cuanto mayores sean esos méritos